ENCONTRARSE CON EL RESUCITADO

Juan 20, 1-29

En este texto se nos describe cómo la comunidad de Juan ha llegado a experimentar que Jesús verdaderamente ha resucitado.

El sepulcro vacio

Juan nos dice que era "el primer dia de la semana, al amanecer, cuando estaba aún oscuro". La oscuridad, la noche, las tinieblas son imágenes muy utilizadas per Juan para describir la situación de quienes viven sin Dios.

Aquella comunidad cristiana, representada por Maria Magdalena, Pectro y el discipulo preferido de Jesús, vive sin darse cuenta de que Cristo ha resucitado.

Sin embargo, no se conforman com la situación y quieren salir de ella.

Es María Magdalena, la mujer que tanto amaba a Jesús por lo que El habia hecho por ella, la primera en quien se despierta el deseo de encontrarse con el Señor. Va a ver el sepulcro "al amanecer", mostrando así la clara voluntad de abandonar la noche, el sin sentido, para encontrar el día, la luz, el sentido...

Maria encuentra el sepulcro vacío y va a decirselo a Pedro y al discipulo preferido. Ambos se ponen en camino, y es Juan el primero que cree.

El amor de María, la lentitud y constancia de Pedro, la intuición de Juan... diferentes caracteres y modos de buscar el Señor, ayudándose mutuamente a encontrarlo.

Así debe ser toda comunidad cristiana: diversidad que enriquece y ayuda a caminar en la continua búsqueda y vivencia del Resucitado.

Llama a María

Magdalena llora porque ama profundamente al Señor. En esta situación de dolor, Jesús se le acerca y se interesa por lo que está viviendo: "¿Por qué lloras, muyer: ¿A quién buscas?".

Es la misma pregunta que hizo a aquellos dos discipulos que se fueron tras de Él: "¿Qué huscáis?" (Juan 1, 38).

Y, en el momento en que Jesús llama a María por su nombre, ella lo reconoce como "Señor mío".

Jesús se hace presente en la realidad que está viviendo María como también se hace presente en la que nosotros vivimos día a día. Es ahí donde Jesús se nos acerca y nos pregunta: "¿Qué buscais?".

A veces quisiéramos encontrarlo alli donde Él no está, infravalorando nuestra situación concreta de cada día.

El único milagro que deberíamos pedir es el de saberlo reconocer en la vida cotidiana y gozar alegrándonos inmensamente de su presencia. Así podríamos comunicar a los demás que también nosotros "hemos visto al Señor y nos ha dicho esto y esto".

El primer día de la semana va María Magdalena de madrugada al sepulcro cuando todavía estaba oscuro, y ve la piedra quitada del sepulcro. Echa a correr y llega donde Simón Pedro y donde el otro discípulo a quien Jesús quería y les dice: «Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto.»

Salieron Pedro y el otro discípulo, y se encaminaron al sepulcro. Corrían los dos juntos, pero el otro discípulo corrió por delante más rápido que Pedro, y llegó primero al sepulcro. Se inclinó y vio las vendas en el suelo; pero no entró.

Llega también Simón Pedro siguiéndole, entra en el sepulcro y ve las vendas en el suelo, y el sudario que cubrió su cabeza, no junto a las vendas, sino plegado en un lugar aparte.

Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado el primero al sepulcro; vio y creyó, pues hasta entonces no habían comprendido que según la Escritura Jesús debía resucitar de entre los muertos. Los discípulos, entonces, volvieron a casa.

Estaba María junto al sepulcro fuera llorando. Y mientras lloraba se inclinó hacia el sepulcro, y ve dos ángeles de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y otro a los pies. Dícenle ellos: «Mujer, ¿por qué lloras?» Ella les respondió: «Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto.»

Dicho esto, se volvió y vio a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. Le dice Jesús: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?» Ella, pensando que era el encargado del huerto, le dice: «Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo me lo llevaré.»

Jesús le dice: «María.» Ella se vuelve y le dice en hebreo: «Rabbuní» - que quiere decir: «Maestro» -.

Dícele Jesús: «No me toques, que todavía no he subido al Padre. Pero vete donde mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios.»

Fue María Magdalena y dijo a los discípulos que había visto al Señor y que había dicho estas palabras.

Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estando cerradas, por miedo a los judíos, las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: «La paz con vosotros.» Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron de ver al Señor.

Jesús les dijo otra vez: «La paz con vosotros. Como el Padre me envió, también yo os envío.»

Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor.» Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré.» Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro y Tomás con ellos. Se presentó Jesús en medio estando las puertas cerradas, y dijo: «La paz con vosotros.» Luego dice a Tomás: «Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente.» Tomás le contestó: «Señor mío y Dios mío.»

Dícele Jesús: «Porque me has visto has creído. Dichosos los que no han visto y han creído.